

Lolita



Alguien mencionó en la conversación a E.T.A. Hoffmann y sus cuentos musicales. Beate, la joven señora de la casa, se dirigió al poeta mientras depositaba en el plato la naranja que se disponía a pelar:

—¿Podrá usted creer que sus relatos (y la verdad es que lo leo poco) consiguen robarme el sueño durante noches enteras?

El sentido común me dice que son sólo imaginaciones; y sin embargo...

—¡Es que no lo son, señora condesa!

El consejero de legación sonrió afablemente.

—¡No estará usted insinuando que Hoffmann vivía realmente todas esas aprensiones!

—No lo insinúo —replicó el poeta—, lo afirmo. No que las viviera en carne propia, desde luego; pero, como poeta que era, experimentaba lo que escribía, o, mejor dicho, escribía sólo lo que vivía en su espíritu. Esa es la diferencia entre el poeta y el simple escritor: ¡en la mente del poeta, la imaginación se encarna por medio de la reflexión!

Se hizo el silencio en el comedor estilo Imperio de la hermosa condesa Beate.

—No le falta a usted razón —dijo el profesor, de aspecto muy joven y gusto refinado—; me gustaría contarles algo que desde hace años llevo dentro, y todavía hoy no sé a ciencia cierta si viví o imaginé; pero me llevaría unos minutos...

—Adelante —dijo la señora de la casa.
El erudito comenzó así su relato:



Hacia finales del siglo pasado, estudiaba yo en la Universidad de una ciudad grande y muy antigua del sur de Alemania.

Hará de esto unos veinte años.

Había fijado mi residencia en un angosto callejón de casas antiquísimas. En las inmediaciones se hallaba una pequeña taberna que no dudaría en describir como una de las cosas más extraordinarias que jamás han visto ni verán mis ojos.

Solía frecuentarla en otoño, cuando al atardecer hacía un alto en mi trabajo.

La taberna consistía en una sola estancia muy mal construida, de techos bajos, hundidos y sombríos. Junto a las ventanas que daban a la calle había dos mesas muy fregoteadas escoltadas por rígidas sillas de madera. En un rincón oscuro, junto a la estufa de azulejos, se hallaba una tercera mesita con dos extrañas butacas tapizadas con un estam-

pado de algodón profusamente colorido. Sobre el respaldo de una de ellas podía verse una mantilla de encaje negro como las que, según creo, llevan las españolas los días de fiesta. Nunca vi por aquel lugar más parroquianos que yo mismo, y todavía hoy me pregunto si en verdad se trataba de un local público. De cualquier modo, sus puertas y contraventanas se cerraban todas las tardes puntualmente a las siete. Nunca pregunté por qué, pues pronto empecé a sentir un agudo e inexplicable interés por los taberneros.

Se llamaban Aloys y Anton Walzer, y parecían de edad muy avanzada. Ambos eran increíblemente altos y delgados; estaban completamente calvos y lucían unas barbas

largas y desgreñadas de color gris rojizo. Nunca les vi vestidos de otra forma que no fuera con unos pantalones amarillentos y unas negras chaquetas largas y holgadas. Debían de ser gemelos, pues guardaban entre sí un notable parecido y me llevó un tiempo distinguirlos, lo que conseguía gracias al timbre algo más grave de la voz de Anton.

Cuando entraba en la taberna me servían invariablemente, con una sonrisa amable y sin mediar palabra, una copa de un extraordinario vino dulce español en la mesa que estaba junto a la estufa. Aloys se sentaba siempre a mi lado, y Anton solía apoyarse en el alféizar de la ventana dándome la espalda. Ambos fumaban un tabaco muy

aromático en una de esas pipas que suelen verse en los grabados flamencos. Parecían estar esperando algo.

Mentiría si dijera que los dos viejos me resultaban grotescos, porque la palabra «grotesco» esconde un matiz de burla. En realidad, la impresión que los Walzer me causaban era más bien la de un hastío y una angustia indecibles, rayando en lo trágico.

No parecía que en la casa viviera una mujer; yo, al menos, nunca vi nada que así lo hiciera sospechar.

Mi visita a la estancia envuelta en humo se convirtió pronto en una necesidad; sobre todo cuando llegó el invierno con sus atardeceres prematuros y sus largas veladas.

Empezaba a intimar con los taberneros, que de vez en cuando me daban algo de conversación. Parecían haber perdido completamente la noción del presente, pues hablaban siempre de tiempos remotos y sus voces tenían un curioso timbre marchito y reseco como un crujido. Les contaba de mis viajes, y cada vez que mencionaba países del Sur veía brotar en sus ojos un brillo de desasosiego e impaciencia que, a veces, tenía un trasfondo de melancólica esperanza. Parecían instalados en el recuerdo de algo. Yo salía de allí cada vez con la vaga sensación de que algo espeluznante estaba por ocurrir, y al mismo tiempo no podía dejar de sonreírme por estos pensamientos.

Una noche en que pasaba por allí relati-

vamente tarde, oí tras las ventanas cerradas una tenue música de violín de una delicadeza celestial, tan cautivadora que me retuvo parado en la calle un buen rato. Al día siguiente pregunté a los ancianos qué había sido aquello; pero ellos se limitaron a mover la cabeza mientras sonreían.

Pasaron algunas semanas y otra noche volví a pasar junto a las ventanas; puede que fuese incluso más tarde que la primera. De pronto, escuché tras los postigos tan salvaje griterío, tan increíbles maldiciones e injurias que me detuve aterrorizado. No cabía duda: las voces procedían de la estancia que yo conocía perfectamente, pero no eran los dos ancianos quienes mantenían la violenta discusión, pues ellos nunca hubieran podi-

do producir sonidos tan graves, vigorosos y airados. Tenían que ser dos hombres jóvenes y fuertes enzarzados en una disputa. Los gritos redoblaron su volumen; la excitación fue subiendo de tono desmesuradamente, y de cuando en cuando se oía el golpear violento de un puño contra la mesa.

De pronto sonó una risa cristalina de mujer, y segundos después las excitadas voces se tornaron un rugido de locura.

La sangre se me heló en las venas. Ni por un instante se me pasó por la cabeza abrir la puerta para averiguar qué pasaba.

La voz femenina emitió un grito, un solo gritito, pero tan aterrado y de un pánico tan atroz que aún hoy no he conseguido olvidarlo. Después, se hizo el silencio.

Cuando al día siguiente entré en la taberna, Anton, sonriente como de costumbre, me sirvió una copa de vino en la mesa; todo permanecía tan igual que empecé a dudar si no lo habría soñado, y no me atreví a preguntar a los viejos.

El invierno tocaba a su fin cuando, una tarde, les comuniqué a los dos hermanos que no seguiría acudiendo a mi cita porque me marchaba a España al día siguiente.

Tal manifestación pareció ejercer un extraño efecto sobre Anton y Aloys, pues al punto se les mudó el semblante y sus ojos buscaron el suelo. Salieron de la habitación y los oí murmurar afuera.

Al cabo volvió a entrar Anton y me preguntó con nerviosismo si pasaría por

Alicante. Ante mi respuesta afirmativa, se apresuró a salir con paso ridículo para reunirse nuevamente con su hermano.

Luego volvieron a entrar, actuando como si nada hubiera sucedido.

Ocupado en los preparativos del viaje, pronto me olvidé de los dos ancianos; pero esa noche tuve un sueño confuso en el que se me aparecía una casita inclinada de color salmón en uno de los barrios de mala nota del puerto de Alicante.

Cuando al día siguiente me dirigí a la estación, me llamó la atención que Anton y Aloys tuvieran cerradas las contraventanas en pleno día.

El viaje y los estudios me hicieron olvidar rápidamente estas experiencias menores

que había vivido en el sur de Alemania. Es tan fácil olvidar en los viajes.

Pasé unos días en París, que dediqué a visitar a amigos y a deambular por el Louvre. Una noche, cansado de cuadros, me dirigí a un cabaret del Barrio Latino para escuchar a un singular bardo, de cuyo arte se hacía lenguas un conocido mío. Resultó ser un anciano ciego que cantaba francamente bien con voz solemne y melancólica. Su hija, una hermosa joven, lo acompañaba al violín con maestría.

A continuación ella tocaba un solo, en el que súbitamente reconocí la delicada melodía que semanas antes me había sorprendido al pasar junto a la casa de los Walzer. Pregunté: se trataba de una gavota

de Giovanni Lully, de la época de Luis XIV.

Días después puse rumbo a Lisboa, y a principios de febrero llegué a Alicante pasando por Madrid.

Siempre he sentido debilidad por el Sur, y muy especialmente por España. Allí se vive, por así decirlo, «al máximo exponente»: todas las vivencias se multiplican por sí mismas. El sol torna cálida e indómita cualquier forma de vida.

Su gente es como su vino: fuerte, ardiente y dulce; pero también colérica y peligrosamente iracunda cuando fermenta.

Yo tengo para mí que todos ellos llevan dentro algunas gotas de la sangre de Don Quijote.